

Es Mariné

La Perseverancia

Primera regla: antes de ir al barrio tenía que llamar. Decir dónde estaba y esperar a que alguien pasara por mí. No se me podía ocurrir entrar solo. Advirtió Pegajoso o Pegaso o William o Doctor Condema mientras subíamos las calles empinadas de La Perseverancia. En la muñeca de su mano derecha tiene un tatuaje que dice "DIOS" y abajo un número: 80.0; en la mano izquierda, en la muñeca, hay otro que dice "MADRE" y un 1.06. Los números son su fecha de nacimiento: 80.01.06. Cuando le cuento a Luis, El loco, el encargado de la librería del barrio, sobre la advertencia, responde bravo: «Eso es puro terrorismo; así no son las cosas». Silencio. «De todas maneras cuando esté en la Plaza de Mercado llámeme y lo recojo».

El barrio La Perseverancia queda en el oriente de Bogotá, al lado de los cerros y entre cinco calles que huelen a grasa y marihuana (oriente-occidente) y entre quince carreras que huelen a marihuana y grasa (sur-norte). Suena un vallenato o una ranchera. Los cinco de siempre juegan parkes en la misma esquina, frente a la tienda. Una cerveza. Una noticia: que el pelado se regaló al ejército porque no consiguió trabajo: «Mucho vendido», dicen. Las calles son angostas. Mínimas. Las personas no caminan sobre las aceras, se escurren con pasos largos en el mismo camino donde pasan los carros, en medio de casas o negocios —o ambas— con fachadas color amarillo o azul, de uno o dos o tres pisos. Como un pueblo. Un pueblo en medio de la ciudad. Eso dicen.

Es Mariné

Los primeros que llegaron fueron los frailes franciscanos a principios del siglo XVII. Allí construyeron un convento, hicieron un par de huertas y convirtieron a un par de "indios" al catolicismo, los "civilizaron" a punta de cruz y látigo. Doscientos años después, el gobierno del General Mosquera les quitó las tierras a los curas y entregó una parte a los terratenientes y políticos Lorenzo María Lozano y Gregorio Pereira, quienes construyeron un asilo para indigentes y locos con el fin de "normalizar" –civilizar– no a los "indios", sino a los "indeseables" y "anormales": a punta de ciencia y látigo. La otra parte de la tierra fue ocupada por el sargento José María Prieto, quien levantó, en 1884, una tienda de chicha: una chichería donde los campesinos, con las papas y hortalizas a cuestas, podían emborracharse. La tierra restante cayó en manos de los hermanos Daniel y Froilán Vega, quienes parcelaron el terreno, dividieron y vendieron. Y como para algunos el olor a dinero huele a países de distancia, un alemán treinteaño, un tal Leo Kopp, llegó a Colombia con una fábrica de cerveza en la cabeza y le compró la chichería a la esposa del sargento Prieto después de que éste muriera.

La cervecera Bavaria se inauguró en 1889. La mayoría de sus trabajadores eran campesinos de Boyacá, Cundinamarca y Tolima que calaban en la ciudad para dejar la tierra. Los nuevos obreros viajaban en burro. Llegaban tarde. Trabajaban cansados. Se quedaban dormidos. No convenían. Poco a poco, con préstamos de Leo Kopp, las familias compraron los lotes de los hermanos Vega: una, dos, tres casas –construidas a ojo del obrero, sin ingenieros–, cuatro, cinco, seis –en lotes de cuatro por ocho metros–, siete, ocho, nueve –se crearon más empresas de chicha–, diez –más familias, más niños, más casas, más fuerza de producción–.

Es Mariné

Así, después de unos años, en 1912, se fundó uno de los primeros barrios obreros de Bogotá, Unión Obrera, hoy en día La Perseverancia.

—Antes este era un barrio de peleadores, no de ladrones.

Dice El Loco. Serio. Toma café y cada tanto voltea hacia atrás para verle el culo a las mujeres que salen de la panadería. Cuenta que a los habitantes de La Perseverancia les gustaba jugar a los naipes o a los dados luego de la jornada de trabajo; esto lo hacían mientras tomaban chicha, aguardiente y cerveza, lo que calentaba los ánimos en la apuesta. Gritaban. Se emocionaban. Se emputaban. De un momento a otro peleaban, y no a puño limpio, sino a peinilla limpia, a machetazos. Un muerto una noche, al siguiente otro. Uno porque no pagó la cerveza, otro porque no pagó la apuesta, uno porque era liberal o conservador, otro porque era de una familia que tenía rencillas con otra. Desde entonces se empezó a decir que a La Perseverancia se subía a pie y se bajaba en ambulancia; aún se dice lo mismo, pero no por los machetazos sino por los robos.

Pegas empezó a robar cuando tenía nueve años. Su primera “vuelta” fue con su tío, Roberto: un día le dijo que cuidara su carro mientras entraba a una casa de un barrio del norte. Siguió las órdenes y a los diez minutos su tío salió con un maletín; luego supo que eran joyas robadas; luego supo que fue cómplice sin quererlo; luego supo que era ladrón:

Es Mariné

– Mi abuela era la jibara más áspera de La Perse.

Confiesa Pegas. A los diez años su papá se fue de la casa y su mamá quedó al frente, sola, con seis hijos. Él era el mayor y se salió del colegio para trabajar. Vendió dulces, empezó a robar pollos en los asaderos y acompañó a su tío. Ledecía «Venga, pégueme», lléveme, déjeme ayudarlo. Y él respondía «¡Ah! ¡Esta gonorra si es bien pegajoso!». Y así se quedó. Pegas.

– Parceró, ¿sabe qué? Empecé a montar la hijueputa... Iba al centro y robaba joyas de oro, luego carros, también casas... ¡No! ¡Yo qué no hacía!

Suspira. Su tío hacía lo mismo. Su papá también.

– La mayoría de raticas del barrio crecieron con esa herencia.

Un día su tío se fue Alemania a robar; se volvió "Internacional". Duró un mes y llegó montado. Estafó a un par de blanquitos, robó a un par de ancianas que caminaban con sus sombreros de pluma, distribuyó un par de gramos de cocaína. Coronó y llegó hecho un capo. Le regaló una moto a Pegas y le dijo: «Si usted quiere ser un choro, usted tiene que ser un choro de verdad». Pausa. «Nos vamos pa' Alemania en quince días».

Es Mariné

Le dio plata para que se quedara quieto, para que no se expusiera. Compraron los tiquetes, sacaron los documentos para el viaje. Todo legal. Todo bien. Pegas no salía de la casa. Juicioso. Internacional.

A los ocho días, a una semana del viaje, le pegaron 14 tiros al tío porque Ángela, su novia, le debía plata a Punta, un jíbaro del centro. Lo mataron. Lo acribillaron cuando salía de su carro.

– Parceró, ¿sabe qué? Cuando me enteré fui a la montaña y quemé todos los papeles para ir a Alemania y dije que aquí me quedaba.

Lloró y juró vengar a su tío y matar a la mamá o a la hija del asesino: «¡A quien fuera!».

Siguió robando. No mató a la mamá ni a la hija. Sus amigos terminaron en la cárcel, en un cementerio o en otro país, robando. Él fue de los primeros: le dieron 14 meses de prisión por robar un taxi que iba a ser el medio para meterse en un local de odontología y llevarse lo que hubiera.

Silencio.

– ¿Sabe qué? Este barrio es una chimba...Mire.

Es Mariné

Pegas señala su alrededor: las puertas están abiertas, las personas se reúnen fuera de las casas; los grupos remedan la gritería de otros: hablan, ríen, escuchan música. Los niños juegan al equilibrio. En una esquina, en otra y en otra están los ladrones: quince. Pelados de menos de veinticinco años. Miran. Murmuran. Levantan la frente y saludan. Esperan que alguien chifle y de la señal. Un carro para romperle los vidrios y robar, alguien que camine desprevenido y robar, una moto de la policía y esconderse. Alguien sube dando tumbos, aspirando el aire que empuja el humo del bazuco hacia su cuerpo. Va hacia La calle del susto, donde está la olla de drogas y el Reduco, el lugar en el que se venden los objetos que roban los pelados.

– En La Macarena todos están amargados, encerrados en su casa. Aquí hay unión firme.

Mueve las cejas, saluda a alguien. Desde una esquina le hacen una seña, él responde moviendo horizontalmente la mano: paila. Que no me toquen. Sigue hablando:

– Usted fresco que yo respondo por mi sector.

En agosto de 2014 el diario El Tiempo publicó un artículo que se tituló “A La Macarena la desborda la inseguridad”. El periodista que lo escribió cuenta, entre otras cosas, que los vecinos del barrio están cansados de los atracos y del poco

Es Mariné

apoyo de la policía. Una mamá entrevistada dice que a su hija le robaron el bolso cuando subía hacia la casa y que le dijeron que se «abriera», que no la querían volver a ver: «Hoy piensa en salir del país», escribe el periodista. Otra persona narra que los ladrones manejan motos y que roban con cuchillos o pistolas. Otra persona dice que ya no confían en la policía, que tienen miedo. ¿A quién le tienen miedo? «Líderes de la zona piensan que gran parte de la delincuencia proviene del barrio La Perseverancia».

El Locosigue bravo y sigue mirándole el culo a cuanta mujer pasa. Tiene un sombrero “a lo Gardel”, negro con rayas blancas delgadas y con alas cortas. Tiene un blazer y un pantalón oscuro.

– Todo lo malo que pasa cerquita es culpa del barrio. Siempre le echan el pato a La Perse.

Reclama. El 9 de abril de 1948, cuando llegó el grito de que habían matado a Jorge Eliecer Gaitán, el líder político más querido de La Perseverancia –y tal vez de Colombia–, sus habitantes se armaron con machetes, palos, azadones y garrotes: «¡Vamos a hacer la revolución!», rugieron y se fueron hacia el centro de la ciudad. Algunos no volvieron porque los mataron los militares; otros lo hicieron, pero con la moral en el piso, malheridos o borrachos; otros lo hicieron con las manos llenas de objetos robados: joyas, abrigos de pieles, relojes, salmón,

Es Mariné

máquinas de escribir, máquinas de coser, radios y hasta las sillas de la Catedral Primada de Colombia. Eso dicen.

– Al día siguiente el barrio parecía San Andresito.

Cuenta El Tuso, quien nació en La Perseverancia y quien tenía ocho años cuando sucedió 'El Bogotazo'. Parecía un mercado persa. Las verduleras de la plaza tenían abrigo de pieles, las amas de casa preparaban la comida con los dedos atiborrados de anillos de oro y diamantes, y los obreros, acostumbrados a tomar chicha –la bebida del pueblo–, se emborrachaban con whisky.

Una semana después llegaron los militares y confiscaron cuanto objeto “sospechoso” encontraron en cada casa. Algunos pudieron enterrar lo que robaron, otros construyeron una doble pared para esconder las cosas.

– Mejor dicho – dice El Loco, quien tenía diez años entonces y quien vio a su papá montado en un tanque militar con un machete– Nos robaron lo que nos robamos.

Ríe. Ese “robo” se llamó 'El Perseverazo'.

– ¿Y sabe qué es lo peor? Que no fuimos el único barrio que saqueó; Belén y Egipto también lo hicieron, pero a La Perseverancia le echaron el pato.

Es Mariné

También les echaron el pato cuando el gobierno de Mariano Ospina, meses después de El Bogotazo, por medio de la ley 34 de 1948, señaló que la chichaera «el agrio licor popular» y que debía regularse su producción. Dijo que la bebida fermentada era un vicio embrutecedor que producía alteraciones morbosas, que causaba males en el cuerpo y el alma, y que impedía que la clase trabajadora fuera civilizada. Los militares volvieron a La Perseverancia con sus fusiles y cerraron cuanta chichería artesanal había, regaron los recipientes por las calles y reprendieron y amenazaron a sus dueños y consumidores. Ante la situación, las mujeres empezaron a preparar la bebida en la oscuridad y a venderla en silencio. Las casas tenían una llave para el agua y otra para la chica. La respuesta fue la clandestinidad.

¡Paila!

Hay un dicho que dice que cuando La Perse se une Bogotá tiembla. Fueron ellos los que crearon en 1932 la Asociación de Obreros Colombianos; quienes le exigían a Bavaria tratos justos con el trabajador, estabilidad en los puestos, sueldos fijos y ocho horas de jornada laboral. Fueron ellos, en 1970, los que no dejaron que se construyera la Avenida de los Cerros que atravesaba y tumbaba varios barrios del oriente, cerca de la montaña; lo lograron haciendo obras de teatro en las casas donde la policía iba a hacer los desalojos. Cansones. Inoportunos. Revoltosos.

Son ellos los que cada siete de diciembre prenden voladores (prohibido) y los lanzan horizontal (re-prohibido), no hacia el cielo. También prenden llantas con

Es Mariné

fuego y las ponen a rodar cuesta abajo. Volcanes. Metrallas. Cartuchos. Papeletas. Matracas. Mariposas. Totes. Misiles. ¡Pum! ¡Pum! Y todo lo hacen con el ESMAD al frente y con los tanques echando agua para extinguir los ánimos.

¡De malas!

Roban y venden drogas y amenazan y rompen los vidrios de los carros y andan armados. Y hacen bazares para montar una iglesia llamada Jesús Obrero y crean un busto de Jorge Eliecer Gaitán y adoquinan las calles con las piedras del río Arzobispo y resisten la gentrificación.

– Bolívar no pudo libertar la República Independiente de La Perseverancia.

El Loco sonrío. Muestra sus dientes negros y chuecos:

– ¡Paila!